

Carta que Juan Rufo, Jurado de Córdoba, escribió a su hijo siendo muy niño

(Antología - Siglo XVI)

Dulce hijo de mi vida,
Juro por lo que te quiero,
Que no ser el mensajero
Me causa pena crecida.

Mas no cumplirás tres años
Sin que yo, mi bien, te vea,
Porque alivio se provea
Al proceso de mis daños.

A Dios que mi pecho entiende,
Le pide, pues ángel eres,
Lo ordene como tú quieres
y tu padre lo pretende.

Dos veces al justo son
Las que Febo ha declinado
Hasta el Capricornio helado.
desde el ardiente León.

Después que, hijo querido,
Puse tanta tierra en medio,
Más por buscar tu remedio
Que mi descanso cumplido.

Espérame, que ya voy
Dó te veré y me verás,
Puesto que conmigo estás
A donde quiera que estoy.

Mas al fin de esta jornada
Espero, sin falta alguna,
A pesar de la fortuna,
Que seremos camaradas.

Prenderé tu blanca mano
Con esta no blanca mía,
Y hacerte he compañía,
Como si fueras anciano.

Y si algún camino luengo
Te cansa o causa embarazos,
Llevarte he sobre mis brazos
Como en el alma te tengo.

Darte he besos verdaderos,
Y, transformándome en tí,
Parecerán bien en mí
Los ejercicios primeros:

Trompos, cañas, morterillos,
Saltar, brincar y correr,
Y jugar al esconder,
Cazar avispas y grillos.

Andar a la corcojita
Con diferencia de trotes
Y tirar lisos virotos
Con arco y cuerda de guita.

Chifle en hueso de albarcoque;
Pelota blanca y liviana,
Y tirar por cerbatana
Garbanzo, china y bodoque.

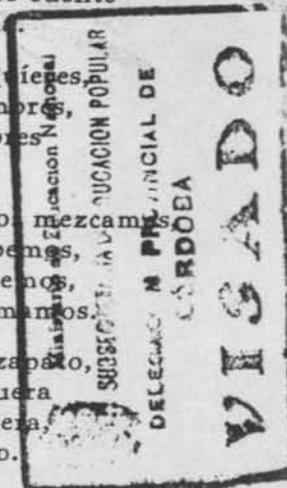
Hacer de la haba verde
Capilludos frailecillos,
Y de las guindas zarcillos,
Joyas en que no se pierde.

Romper una amapola,
Hoja por hoja, en la frente,
Y escuchar a quien nos cuente
Las consejas de Bartol.

Llamaremos, si tú quisieres
Por escusarnos de nombres,
Tios a todos los hombres
Y tias a las mujeres.

Columpio en que no mezcamos
Colchones en que trepemos,
Nueces para que juguemos,
Y algunas que nos comamos.

Cuarto lucio en el zapato,
Mendrugos en faltriguera
Con otra cosa cualquiera,
Y sacar de rato en rato.



Y porque mejor me admitas
De tus gustos a la parte,
Cien melcochas pienso darte
Y avellanas infinitas.

Mazapanes y turrón,
Dátiles y confitura,
Y, entre alcorzada blanca,
El rosado canelón.

Mas cuando sufra tu edad
Tratar de mayores cosas,
Con palabras amorosas,
Te enseñaré la verdad.

No con rigor que te ofenda,
Ni blandura que te dañe,
Ni aspereza que te estrañe,
Ni temor que te suspenda;

Antes con sana doctrina
Y término compasado,
Conforme soy obligado
Por ley humana y divina.

Mas pues la vida es incierta,
Y no sé, por ser mortal,
Si al entrar tú por su umbral
Saldré yo por la otra puerta,

Esto que escribiere aquí
Con paternal afición,
En los años de razón
Traslada mi hijo, en tí.

Verás la fe encarecida
Con que pude y quise amarte
Y quisiera gobernarte
En las ondas de tu vida,

En cuyo corto viaje
Hallarás tormentas largas,
Mudanzas, disgustos, cargas
Y mal seguro pasaje.

Verás como nace el hombre
Llorando pobre, y desnudo,
Tan miserable y tan rudo,
Que aun no muestra solo el nombre.

Verás después las potencias
Ir valiendo, y los sentidos
Ser dellas ennoblecidos
Con avisos y experiencias.

Verás que cada animal
Conforme su inclinación,
Sigue la disposición
De su instinto natural,

Y sólo el hombre pervierte
Sus justas obligaciones,
Si no vence sus pasiones,
Como valeroso y fuerte.

El hombre es globo y esfera,
Y al de ruedas comparado,
Que, estando bien concertado,
Trae su cuenta verdadera.

Mas si prudencia no rige
De su curso el movimiento,
Por una da hasta ciento,
Y el tiempo no le corrige.

Sabe, hijo, que, si vas
Por el derecho camino,
Un espíritu divino,
Un ángel parecerás.

Mas si tuerces la carrera
En esta vida mortal,
Quedarás de racional
Transformado en bestia fiera.

Tu secreto en cualquier cosa
Comunícate contigo,
Y no obligues a tu amigo
A carga tan peligrosa.

Si te es difícil cubrillo,
Como muchas veces suele,
El otro, a quien menos duele,
¿Qué hará sino decillo?

De la dudosa esperanza
Nunca hagas certidumbre,
Pues, por natural costumbre,
Aun en lo cierto hay mudanza.

Deja siempre la porfía
Primero que se comience;
Porque sin duda la vence
El que de ella se desvía.

Afable comedimiento
Alaben todos en tí,
Porque resbalar de aquí
Es de bajo entendimiento.

Todo el tiempo que vivimos,
Hacia el morir caminamos,
Rodeando, si velamos,
Y atajando, si dormimos.

Y piensa que el trato vil
Redunda en tu menosprecio:
Que si eres tres veces necio,
Lo serás trescientas mil.

Nunca digas mala nueva,
Y, si descanso codicias,
No le arriendes las albricias
Al correo que la lleva.

Esto, hijo, no se entiende
Cuando pueda el desengaño
Evítar un nuevo daño
Que del primero depende.

Más vale un tardar prudente,
Aunque cause pena esquivá,
Que la priesa intempestiva,
Si el caso no la consiente.

Que mejor es con trabajo
Esperar lo deseado
Que perder lo trabajado
Por codicia de un atajo.

No quiero decirte más;
Que lo divino y humano
Es un fácil canto llano,
Si razón lleva el compás.

Sean por tí celebrados
Los generosos motivos;
No los amores lascivos
Ni gustos desenfrenados.

Las obras dignas de fama
Cantarás en grave estilo;
No las riberas del Nilo
Ni mudanzas de una dama.

Oye misa cada día,
Y serás de Dios oído;
Témele, y serás temido,
Como un rey decir solía.

Ama su bondad, y en El,
Amarás sus criaturas,
Y serán tus obras puras
En este mundo y aquél.

Téngate Dios de su mano:
Y, para que el bien te cuadre,
Sirve a tu hermosa madre,
Ama a Juan, tu dulce hermano,
Y no me olvides. Tu padre.

Inclusa

La vida es largo morir,
Y el morir, fin de la muerte:
Procura morir de suerte,
Que comiences a vivir.

